

Creeremos que otros motivos mas influyentes que la latitud y la altura deben ocasionar la preferencia que da el condor á ciertos lugares. Su género de vida le obliga á escoger para asilo, terrenos sembrados de escombros ó de precipicios, porque nunca se posa sobre los árboles, y porque no solamente necesita puntos culminantes, desde donde pueda descubrir el terreno que se estiende al rededor de él, sino tambien anfractuosidades que le sirvan de perchero y le preserven de la lluvia. Asi es que no descende ni á las Pampas de Buenos Aires (y eso que habita las montañas que le sirven de limite por la parte occidental), ni se introduce en las selvas, ni penetra en el interior de las montañas que abundan en arbolado, cuyas ramas pudieran embarazar su vuelo. Por lo mismo el condor habita mas especialmente, ya en las montañas áridas, ó al menos poco pobladas, ya en las costas marítimas, donde los precipicios mas ó menos escarpados, substituyen á las montañas.

No debemos creer, sin embargo, que habita en todas las montañas ó todos los lugares elevados que están desprovistos de verdor. Necesita ser atraído por pacíficos rebaños de la pertenencia del hombre, bien sean de llamas, ovejas, ó alpacas, ó por muchos animales montaraces cuando pacen á la vez. De aqui el gran número de condores que siguen las costas donde se reúnen habitualmente muchos lobos marinos, como las del Perú y hasta las de la Patagonia, siempre cubiertas de otarios y de focas.

Donde no hay lobos marinos, tampoco existen condores, ó bien se les ve como en el Perú; bien sea cerniéndose sobre la cima de los Andes, sea atravesándolos con vuelo rápido, á fin de encontrar en ellos los pequeños rebaños aislados, únicos vestigios que nos quedan de la destruccion de las vicuñas y los guaaacos, cuya desaparicion gradual acarrea la de los

condores, que por esta causa, se mantienen preferentemente á la inmediacion de los lugares habitados y de los caminos.

A diferencia de los catartos, que siempre se ven reunidos á centenares, el condor caza solo, y nunca se junta á otras aves sino para arrebatarse una parte de su presa ó devorarla con ellas en buena armonía. Alguna vez, sin embargo, hemos visto que dos condores se posaban sobre una misma roca.

Esta ave es bastante indolente. Despues de haber pasado la noche en el hueco de una roca ó de un precipicio escarpado con la cabeza escondida entre las espaldas, lo que le da cierto aire socarron, despierta al rayar el día, sacude dos ó tres veces la cabeza, y casi siempre antes de abandonar su guarida, espera á que el sol comience á elevarse sobre el horizonte, especialmente si el hambre no le mortifica; inclínase á orillas del peñaseo agitando sus vastas alas como si se dispusiese á partir, hasta que por último las despliega y se lanza en el espacio. Solo con mucha dificultad emprende su vuelo, y este no es horizontal como el de otras muchas aves. Creeríasele desde luego poco seguro en su escursion aérea, porque comienza á describir un arco de círculo cediendo á su propio peso; pero recobrando muy en breve su magestuoso arranque, con las alas redondeadas, las remeras separadas entre sí, se mece en los aires con facilidad, sin que al parecer experimente el menor cansancio.

Por movimientos oscilatorios (1) poco sensibles, comunica á su vuelo todas las direcciones imaginables; sigue todas las sinuosidades del terreno que recorre; sube y descende con la mayor rapidez; repen-

(1) Stebenson, *Voyages en Araucanie*, etc. (traduccion francesa, t. II, p. 59) es el autor que mejor ha descrito el vuelo de esta ave, pero no asi sus costumbres.

tinamente se baja hasta rozar con el suelo, cuando un momento antes, meciéndose entre las nubes, parecia un punto imperceptible en la inmensidad del espacio.

Pero cuando desde lo alto de las regiones etéreas su vista penetrante llega á columbrar una víctima, igual en rapidez á la flecha que sale del arco impulsada por una mano vigorosa, se precipita sobre aquella, ó mas bien se deja caer en direccion vertical, con una circunstancia que indican cuidadosamente todos los autores antiguos. «Cuando desciende, dice Garcilaso de la Vega (1), hace un ruido tan grande que causa admiracion. *Cuando bajan cayendo de alto hacen tan gran sombrido que asombra;*» circunstancia de las mas verdaderas en efecto. Porque mas de una vez hemos experimentado esa admiracion de que habla Garcilaso de la Vega; pero en cuya circunstancia, no obstante, sin temor de ser desmentido por los viajeros, no se puede fundar como lo hacen muchos escritores, uno de los caracteres generales del vuelo del condor. En cualquiera otro caso el ruido que este produce al descender es poco estrepitoso.

El condor recorre sucesivamente las costas á fin de buscar en ellas los animales diversos que el mar arroja á la playa, ó bien examina las inmediaciones de los lugares habitados y las sinuosidades de los caminos á fin de recoger algunos residuos de animales desechados por el hombre; y cuando nada consiguió hallar, se posa sobre la punta de un peñasco poco distante de los rebaños, y desde allí espera á que una oveja ó una llama se separen de las demas para parir sus hijuelos. Entonces si el pastor no se halla en disposicion de defender la pieza descarriada, el condor alza su vuelo y se ciérne á una grande altura encima de aquel pobre animal, y en cuanto nota que ha pa-

(1) Comentario real de los Incas, p. 290.

rado se deja caer sobre su presa, no para atacarla directamente, sino para cebarse sobre su placenta y matar en seguida al recién nacido desollándolo por el cordon umbilical; y si el pastor no acude con prontitud para hacerle soltar su presa, aquella ave ansiosa de matanza á pesar de los esfuerzos de la pobre madre, devora en un instante las entrañas de su hijuelo.

Ya hemos referido que cuando un animal se halla atacado por un condor en un parage donde no se descubria ninguno mas, inmediatamente se presentan otros muchos sin que se pueda saber de dónde vienen. Hemos presenciado una de estas escenas sangrientas en un viage que hicimos desde Arica á Tacna sobre la costa del Perú. Es un tránsito de once leguas, sin agua, en medio de un desierto de arena encandecida que el agua no refresca jamás, y cuyo polvillo salado todavia hace sentir con mas vehemencia, el rigor de aquella sequedad estremada. Varios rebaños de mulas y de asnos, cuya carga es mas pesada de lo que debiera, recorren incesantemente el país, y los asnos que en él mas que en cualquiera otra parte son el alivio de aquellos moradores, atraviesan la ruta tanto á la ida como á la vuelta sin que absolutamente nada se les cuide y casi siempre sin que se les dé de comer durante la travesía; así es que mueren muchos, cuyos cadáveres yacen sobre el camino y se encuentran en todas direcciones. Cuando en una de estas caravanas llega un asno á fatigarse, se le abandona, aunque algunas veces sino perece de sed, recobra su antiguo domicilio para recibir nuevamente la cotidiana carga.

Uno de estos pobres animales así abandonado, cuando ya sus fuerzas flaquean y no podia sostenerse en pie, se tendió sobre el terreno, próximo ya á exalar el último suspiro. Algunos urubús se acercaron,

en seguida y le repartieron algunos picotazos que poco daño originaron al moribundo; pero en breve un condor que volando entre las nubes era testigo de esta lucha, se dejó caer sobre aquella presa que al instante abandonaron los urubus y se situaron á una respetuosa distancia para esperar sin duda con impaciencia que saciase su apetito el condor, al cual no osaban acercarse. Este primer condor no tardó en verse rodeado de otros dos, y bien pronto llegó un nuevo refuerzo de aves de esta especie que á porfía se lanzaron sobre su víctima arrancándole con su terrible pico la una los ojos, la otra las partes genitales; así es que antes de mucho, y despues de hacer sufrir al mismo asno los mas agudos dolores, murió este en medio de las mas terribles agonías.

Nos acercamos al cadáver y entonces los condores se separaron á una corta distancia sobre las colinas pequeñas que hay en aquellas inmediaciones cerniéndose á cierta altura; y cuando observaron que abandonábamos el terreno volvieron á la carga.

Cuando los condores están muy repletos con mucha dificultad cruzan los aires y solo pueden emprender su vuelo despues de haber corrido por algunos instantes agitando sus alas; y cuando se les persigue procuran hacerse mas ligeros vomitando una parte de lo que han comido: por último, cuando ya recobraron una parte de su agilidad remontan el vuelo y van á posarse entre las grietas de alguna roca donde, como ya hemos dicho, hacen tranquilamente la digestion con la cabeza oculta entre las espaldas.

Cuando un condor no halla presa, caza hasta que se hace de noche, y solo cuando comienza el crepúsculo se vuelve á su guarida. Resiste el hambre con la mayor paciencia por espacio de muchos dias, pero se desquita ampliamente de sus privaciones cuando halla una presa fácil.

Ya Garcilaso de la Vega que escribia á principios del siglo XVII dejó asentado que «el condor no tiene garras como las del águila y sus pies son muy parecidos á los de una gallina (1).» Este testimonio tan positivo y tanto mas digno de fé cuanto que emana de un autor peruviano, generalmente bien informado, no ha sido suficiente para impedir que muchos autores modernos atribuyesen al ave costumbres que no pertenecen á los falcónidos. Stevenson, por egeemplo, pretende «que el condor cae sobre su presa, y que si es un cordero ó cualquiera otro mamífero, lo arrebatata con sus garras para devorarlo sobre la montaña mas próxima (2).» Mr. de la Condamine (3) antes que Stevenson habia sido imbuido en este error que tambien habia llegado á alimentar nuestro ilustre viajero Mr. de Humboldt, cuya reputacion por otra parte está perfectamente cimentada, pues sus escritos se leen en toda Europa. Habla muchas veces de la fuerza que tiene en sus garras el condor, y hasta dice que «dos condores acometen, no tan solo al cerro de los Andes, al pequeño leon puma, ó á la vicuña y el guanaco, sino tambien á una ternera. Por tanto tiempo la persiguen hiriéndola con sus garras y á picotazos, que la ternera sofocada y muerta de fatiga tiende la lengua mugiendo (4).»

Verdad es que el condor tiene uñas, pero solo se sirve de ellas para descanso de su cuerpo, pues generalmente, las tiene embotadas, porque solo se posa sobre las rocas, y como muy juiciosamente observa Mr. Temminck, no pueden servirle para arrebatar

(1) Comentario real de los Incas, p. 290—2.

(2) Viage á la Araucania, etc., traduccion francesa, t. II, pág. 60.

(3) Relacion abreviada del viage á las Amazonas.

(4) Zoologia, p. 41.

ninguna presa por pequeña que sea. Nosotros añadimos que ni aun pueden servirle para destrozarla, pues en realidad solo hace uso de su terrible pico, con el cual la desuella y despedaza tirando fuertemente por la porcion que con mas facilidad puede asir.

Tampoco creemos que el condor pueda atacar á las ovejas, los ciervos, los llamas, y todavia menos á las terneras. Siempre amigos de lo maravilloso y partidarios de todo cuanto concierne á su pais, los habitantes de las regiones americanas propenden á exagerar las cosas. Podemos asegurar que el condor nunca acomete á un animal adulto, por mas que la talla de este no esceda de la de un carnero, á menos que el animal esté espirando; pero atraido por el cebo del cordon umbilical ataca siempre á los animales que nacen en los campos. Tambien podemos afirmar que no se dedica á la caza de otras aves, y hasta pudiéramos decir, sin temor de ser desmentidos, que pocas veces, nunca quizás, embiste á los mas pequeños mamíferos, esceptuando cuando estos acaban de nacer.

Esta reseña nos exime de desmentir las fábulas que se han forjado respecto á los niños que son devorados por los condores y nos persuadimos que con verdad, ni un solo ejemplo puede citarse de una desgracia de esta especie. Hay mas: acostumbran los indios á confiar la custodia de los rebaños á sus hijos, aunque estos sean de la mas tierna edad, y estos saben muy bien preservar al ganado de los condores, ya sin perder de vista á las hembras próximas al parto, ya conduciendo sobre sus hombros á los recién nacidos; sin contar que con frecuencia, los chicuelos de seis á ocho años persiguen desaladamente á esas enormes aves que huyen llenas de terror al acercarse aquellos, cuando siendo su volumen mayor, pudieran tirarlos al suelo agitando con fuerza su ala ó matarlos á impulso de un solo picotazo.

Tambien nos parece útil refutar las exageraciones que se hallan en Acosta y hasta en el mismo Garcilaso de la Vega, generalmente tan esacto, relativamente á la fuerza de pico del condor, que asegura puede desgarrar la piel de un buey. En ninguna parte los condores, por lo menos los del dia, nos han parecido tan vigorosos: y pocos son los viajeros que hayan recorrido la costa del Perú ó la cumbre de las Cordilleras, que no hayan encontrado en los caminos algunos mulos y asnos muertos, y en los cuales los condores devoran todo lo que les es posible y atacan solamente el vientre, el ano y la boca, mientras que el resto de la piel se seca sobre las carnes sin que los condores la puedan despedazar.

Lo mismo que el rey de los buitres y los catartos, come el condor de todo lo que es animal, pues le hemos visto alimentarse de moluscos, aunque no sea este su manjar favorito. Come de todos los animales muertos sin escepcion, bien sean aves, mamíferos, reptiles ó peces, sin manifestar ninguna predileccion, á no ser por la carne de los mamíferos; y hasta no se desdeña de comer sus escrementos cuando se ve acosado por el hambre.

Los condores son muy poco sociables: huyen desde muy lejos al acercarse el hombre, y solo en Patagonia, donde veian criaturas humanas, acaso por la primera vez, nos permitieron pasar á la distancia de ciento cincuenta ó doscientos metros de su habitacion. Nunca nos dejaban llegar tan cerca que pudiésemos tirarles sin ocultarnos á la inmediacion de una presa ofrecida á su avidez con el objeto de sorprenderlos; en lo cual difieren notablemente de los demas vulturidos de América y particularmente de los urubús, que por decirlo asi, viven con los habitantes de aquellas regiones.

Muy difícil seria apreciar con esactitud, la verda-

dera duracion de la vida de un condor; pero si hemos de dar crédito á los indígenas lleva mucha ventaja su longevidad á la de todas las demas aves. Los indios nos han asegurado que de cuando en cuando suelen ver algunos condores señalados por sus padres con ciertas marcas particulares impresas cincuenta años antes. El lector conoce como nosotros, que tanto el hecho como la veracidad de él, necesitan ser comprobados, si es que se les ha de dar algun crédito; pero está fuera de duda que los condores se multiplican muy poco, y que, comparados con los catartos, siempre existen en pequeño número.

Los condores no hacen nido: se contentan con elegir en las rocas, como hemos podido observar al recorrer los derrumbaderos de la Patagonia, concavidades de suficiente amplitud para recibir sus huevos, prefiriendo en todo caso para hacer su postura, los puntos inaccesibles, menos por su elevacion que por la fragosidad de su pendiente.

El condor hembra pone dos huevos, de diez á doce centímetros, y blancos segun el decir de los naturales de aquella comarca; pero un fragmento que hemos tenido ocasion de observar nos hace creer que el blanco está sembrado de manchas de color moreno rojizo, lo mismo que los huevos del vultur aura y el urubú. Desde el mes de noviembre al de febrero suele tener lugar la incubacion: entonces las parejas todavía se alejan mas de los lugares habitados, para buscar el parage que creen mas á propósito. Los indígenas nos han asegurado que solo la hembra incuba, lo que nos parece difícil de creer, porque en regiones frias algunas veces y sin árboles, el embrion pudiera perecer dentro del huevo durante la ausencia de su madre. Como quiera que sea, tanto la hembra como el macho procuran sustentar á sus hijuelos, desembranchando y dándoles con su pico los alimentos que ya

habian engullido. Los pequeñuelos crecen con bastante lentitud y apenas pueden volar al cabo del mes y medio. Siguen aun por mucho tiempo á sus padres, que los dirigen en sus primeras cacerías; pero el término mas largo de su educacion nunca excede de algunos meses, y desde este momento se echa de ver que los jóvenes condores se separan de sus padres, y por sí mismos se proporcionan el alimento. Mas voraces entonces que los de edad proveyta, aunque menos previsores y menos desconfiados, porque carecen de esperiencia, caen mas fácilmente en los lazos de los cazadores; asi es que apresan frecuentemente los condores cuando jóvenes y muy pocas veces cuando son adultos.

Los condores perjudican mucho al ganado, porque matan á los animales recién nacidos, y por eso aquellos habitantes les declaran en el dia, una guerra de estérminio, y ponen en juego para concluir con su raza, muchos y diferentes ardidés. Casi siempre los acechan á la inmediacion de un lugar donde colocan un cebo á propósito para atraerlos y los matan con tiro de hacha, ó bien los dejan devorar á su satisfaccion, y cuando están repletos los persiguen á caballo ó los estrangulan con su terrible lazo; otras veces, por último, los sorprenden hartos ya de alimento, en un estrecho cercado de palizadas construido previamente en torno de la presa escitadora, y los matan á garrotazos, sin que les sea posible huir porque se les corta la retirada, y sin que puedan volar á causa de suglotoneria que entorpece sus alas, sobrecargando su estómago. No hemos oido hablar de la caza descrita por Molina (1): segun este autor un hombre se acuesta de bruces y se emboza en la piel de un buey aca-

(1) Ensayo sobre la historia natural de Chile, traduccion francesa, pág. 249.

bado de desollar, seducido, alucinado el condor por el aspecto de esta piel, pues se figura que es un animal muerto, se aproxima para hacer sus provisiones. Viendo entonces el embozado que es la ocasion oportuna, hace presa en el ave por las patas, para cuyo efecto tiene sus manos provistas de guantes: otros cazadores llegan en seguida y aturden al ave dándole golpes en la cabeza con un palo.

Creemos que han engañado á Mr. de la Condamine (1) cuando le aseguraron que para atraer al condor se hace uso de una figura de niño hecha de una arcilla muy viscosa donde el ave acude á encajar sus garras. Es una consecuencia esta noticia de un error inveterado, pues muchos creen todavía que el ave que describimos se sirve de sus uñas.

Como todas las rapaces, generalmente el condor resiste mucho á la muerte; pero los habitantes de aquellas regiones forman acerca del particular una idea muy exagerada por el estilo de la de Ulloa (2) pues pretende que el tegido de las plumas del condor es tan compacto, que la bala no penetra en su cuerpo, y hasta añade que se le han descargado de ocho á diez fusilazos consecutivos sin hacerle daño alguno, pues chocando las balas en las plumas, volvieron de rechazo contra el cazador. Este hecho es inverosímil y falso de todo punto, porque hemos matado algunos condores y desde bastante distancia, no tan solo con balas comunes, sino también con postas, y hasta con gruesos perdigones. Sin embargo, como el condor es mas fuerte y de mayor magnitud que cualquiera otra ave de rapiña, precisamente debe de ser mas difícil de matar; así es, que aun despues de haber sido gra-

(1) Relacion abreviada del viage á las Amazonas, página 171.

(2) Noticias americanas, pág. 158, par. 18.

vemente herido, vuela mucho tiempo antes de caer exánime. Sabemos por esperiencia propia, que el condor es muy difícil de matar por cualquiera otra via, valiéndose por ejemplo de la estrangulacion. Confesamos francamente, que despues de haber herido á un condor con tiro de bala sobre la costa de la Patagonia, quisimos acabar con él de esta manera, y solo pudimos conseguirlo despues de una hora en que habiamos agotado los mas penosos esfuerzos. Esta observacion es aplicable, y mas directamente todavía á las aves de mar, tal como los albatroses.

El nombre de condor tal vez procede de *cuntur*, con cuyo nombre le designan los autores antiguos; y Mr. de Humboldt quiere que se derive cuntur del verbo quichuano *cuntuni* (1), que significa exalar un buen olor, oler bien alguna cosa. No somos de su dictámen, porque en el language quichuano ó de los Incas, cuando se quiere hablar de cosas que tienen un buen olor, se hace uso efectivamente del radical *cuntuni* ó *cuntuy*; pero cuando al contrario, se quieren designar los objetos animados ó inanimados que esparcen mal olor, empléase el radical *aznak*, *aznay*. Ahora bien, no pudiendo admitir en conciencia que los quichuanos tuviesen el olfato bastante depravado para creer que huele bien el condor, se nos figura que no nos separamos mucho de la verdad haciendo que la voz cuntur se derive de *cuntury*, nombre del condor en el idioma de los aymaras (2), anterior segun cree-

(1) Vocabulario del padre Diego Gonzalez Holguin (Lima 1608), pág. 33 y 34.

(2) Vocabulario de la lengua aymara, por Ludovico Bertonio (Juli, 1612, p. 52). Entre todas las obras de su clase tal vez es esta la mas curiosa, bajo el concepto bibliográfico, porque es el único libro impreso por un jesuita en una pequeña poblacion de la cumbre de los Andes.

mos al de los quichuanos, que muy bien pudiera por lo mismo deberle su origen; á menos que se pretenda explicar esta especie de anomalía etimológica por una antífrasis análoga á la que empleaban los antiguos griegos cuando daban á sus furias el nombre de Euménides, que quiere decir apacibles.

Los indios araucanos de Chile y de las Pampas situadas á la parte meridional de Buenos Aires, conocen al condor con el nombre de *mauké*; los puelchas que habitan entre los treinta y nueve y cuarenta y un grados de latitud Sur, le denominan *chanana*, y los patagones ó tehuelchas de la estremidad meridional del continente americano le llaman *huirio*. Los españoles le dan el nombre de *buitre*, con el cual designan todas las especies vulturinas de Europa.

Réstanos considerar el condor bajo un punto de vista completamente nuevo, ó que cuando menos solo en parte ha sido indicado por los antiguos autores españoles de la historia del Perú. Queremos hablar del importante papel que desempeñó esta ave en las antiguas supersticiones religiosas de las grandes naciones quichua y aymara.

Muy curioso es sin duda, ver reverenciada una ave de rapiña en los dos vastos imperios de Méjico y el Perú, mientras que por su parte los antiguos aztecas hicieron desempeñar un gran papel mitológico á su *cozcaquanthli*, que parece ser la grande harpía, y no el *vultur papa*, como se ha creído hasta el presente. También es curioso encontrar indicios de la adoracion del condor mucho antes de la época de los Incas, y antes tal vez de la de los aztecas.

Garcilaso de la Vega dice (1) vagamente ocupándose de las diversas religiones acatadas antes de los Incas, que algunas naciones adoraban al condor á

(1) Comentario real de los Incas, pág. 12, t. II.

causa de su talla, y porque se vanagloriaban de ser sus descendientes. Estas noticias sin duda alguna, solo han sido conservadas tradicionalmente sin que se pueda designar de un modo cierto la nacion á que se refieren. Dice además al hablar de las conquistas que hizo el undécimo rey de los Incas, *Tupac Inca Yupanqui*, que cuando este principe penetró en la nacion de los chachapuyas, estos tenian al condor por su principal dios. Por último, hablando de las ofrendas que despues de su visita presentaron al Inca con motivo de la célebre fiesta anual del sol, llamada *Rayme* (1) dice que los indios dieron al Inca muchos animales, contándose en el número de ellos algunos condores. En esta misma fiesta los indios se disfrazaban con diversos trages, presentándose algunos de ellos con alas de condor sujetas á la espalda, como si pretendiesen descender de esta ave de rapiña (2). Otro tanto hemos presenciado en los disfraces de los indios aymaras de la Paz (Bolivia) cuando trataban de solemnizar las fiestas mas notables del catolicismo, como verbigracia, el dia de San Pedro y el de Corpus-Christi.

Muy singular es ciertamente, que los indios aymaras hayan conservado hasta nuestros dias una afición tal á esas escenas burlescas, que representaban en tiempo de las antiguas fiestas del sol; pero mas lo es todavía que esta costumbre se haya conservado en un pueblo que desde las primeras épocas de su historia, las cuales únicamente nos recuerdan en la actualidad los monumentos de Tiaguanaco, sobre el lago de *Titicaca*, estuvo bajo el imperio de las ideas religiosas, y en ellas el condor entraba para mucho, y figuraba en primer término.

(1) Comentario real de los Incas, t. I, p. 139.

(2) Idem, tom. I. d 196.

En efecto, sobre estâtnas colosales, sobre pórticos monolitos, por todas partes hemos hallado figuras de condor, ora enteras y con un cetro á sus pies para representar alegóricamente á los emisarios del sol, ora por fragmentos, sea que las alas del ave se adapten á las espaldas de los reyes que vienen á rendir homenaje al astro dominador, sea que su cabeza adorne la corona misma ó el cetro del dios, su cabeza prodigaba, por otra parte, en todas las esculturas de estos tiempos remotos que creemos muy anteriores al reinado de los Incas, considerados por nosotros, no sin fundamento como los últimos vástagos de los aymaras, esta nacion brillante, mucho mas adelantada en las artes que á su vez lo fueron los Incas.

Estos miraban al condor como al animal mas noble, sin lo cual no sabian representar bajo este emblema, como vemos en la historia de Viracocha, su octavo rey (4) que despues de la muerte de su padre Yachuar Huacac, en el mismo sitio donde este último se retiró cobardamente al ser atacado por los chancas, hizo esculpir sobre una altísima piedra dos condores, el uno con las alas cerradas, la cabeza baja y hundida entre las espaldas como si se ocultase, y el pico mirando hácia el Sur ó *Collasuyo*, vuelto el lomo hácia el Cuzco; el otro con el pico vuelto hácia la ciudad, el aire fiero y orgulloso y las alas desplegadas como si fuese á caer sobre su presa. Aquella imágen representaba á Yachuar Huacac preservado del peligro por la fuga, y la otra imágen al mismo Viracocha acudiendo á la defensa de la capital del imperio. El autor del Comentario de los Incas nos dice que estas figuras existian todavía en 1580.

(4) Garcilaso de la Vega, Comentario real de los Incas, pág. 161, t. I.

Muchos lugares deben el origen de su nombre al del condor. En el camino que media entre Potosí y Oruro hallamos la costa de Condor-Apacheta (garganta del condor) y muchos derivados como Cuntur-Marca (la habitacion del condor) de cuyo vocablo por corrupcion viene el nombre de Cuntumarca.

